PERIQUITO ENTRE ELLAS

B. L. P.

A la Sra Dª Gabriela Bo

su buen amigo

C. Navarro

11

PERIQUITO ENTRE ELLAS

DISPARATE LÍRICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE LOS

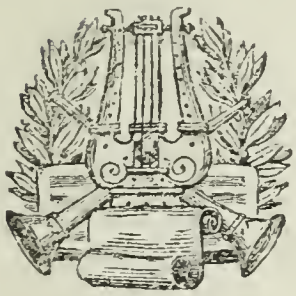
SEÑORES DON SALVADOR MARÍA GRANÉS

Y DON CALISTO NAVARRO canto

MÚSICA DEL MAESTRO

DON ANGEL RUBIO

Estrenado con aplauso en el Teatro del Recreo de Madrid la noche del 21 de Febrero de 1877.



MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
dirigido por José C. Conde, Caños, 1
1877

PERSONAJES.	ACTORES.
EMILIA (capitan).....	Doña Adelina Dupuy. (1)
	» Carolina Bedsley.
AMPARO (teniente).....	» Mercedes Sancho.
PEPA (dictadora).....	» Valentina Sampela.
ROSA (tambor).....	» Francisca Saez.
PERICO.....	Don Luis Moron.
DON REMIGIO (2).....	» José Mesejo.

Coro de señoras.—Hombres gordos.

Nota. Los trages de las señoras, al capricho del director.

La propiedad de esta obra pertenece á sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se haya celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de D. Alonso Gullon son los exclusivos encargados de conceder ó negar el permiso de representacion, y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Los autores se reservan el derecho de traduccion.

(1) El dia 17 de Marzo se encargó del papel de Emilia (capitan) Doña Adelina Dupuy.

(2) El papel de Remigio pertenece á los barítonos.

ACTO ÚNICO.

La escena figura un campamento: varias tiendas de campaña: empieza á amanecer: por la escena estarán las armas en pabellones: aparecen varias ciudadanas: se oye el toque de diana, que irá repitiéndose hasta perderse: de las tiendas va saliendo el coro y forma un semicírculo.

ESCENA PRIMERA.

AMPARO y CORO DE SEÑORAS.

MÚSICA.

CORO. Alerta, compañeras,
el dia comenzó,
la pátria nos demanda
auxilio y proteccion.
Los hombres nos quisieron
sus leyes imponer;
mas libres ya campean
la hijas de Daimiel.

AMPARO. El hombre vil
es un lobo rabioso
y la mujer

Gen. Rec. Sgrd.

una oveja infeliz:
el muy gloton
se apodera voráz
de la que ve
que deja el redil.
¡Ay! de la que confía
en tales tunos
su dicha encontrar.
Es una tontería
que nos dejemos
así atrapar.
Esta es la verdad.

CORO. Mueran los hombres;
viva el placer,
independientes
queremos ser.

AMPARO. Si acercarse pretende un bribon,
bofeton.

CORO. Bofeton.

AMPARO. Si nos jura amoroso su fé,
puntapié,

CORO. Puntapié.

AMPARO. Contestando á su vez varonil,
el fusil.

CORO. El fusil.

AMPARO. Y apagando su fiera pasion,
el cañon.

CORO. El cañon.

AMPARO Y CORO. ¡Guerra! ¡Guerra! ¡Muerte! ¡Muerte!
¡Viva el pueblo de Daimiel!
Y sucumba el ménos fuerte
sin descanso ni cuartel.

HABLADO.

AMPARO. ¡Guerra al sexo masculino!

TODAS. ¡Guerra!

AMPARO. Muy bien, camaradas:
no en balde en vosotras fia
su tranquilidad la pátria.
Dentro de poco, aquí mismo
habrá asamblea, y se trata
de que nos consolidemos
de una vez como Dios.
Hora es ya de que las hembras,
dejando á un lado las faldas,
muestren al mundo asombrado
lo falso de esas patrañas
con que los hombres pretenden
tenernos arrinconadas.
La mujer lo puede todo:
la mujer todo lo alcanza.
Esto es lo que pretendemos
probar las de esta comarca;
y pese al mismo demonio
saldremos airosas... Vaya. (Rumor dentro.)
¡Qué rumor!... Alguien se acerca:
sin duda la capitana. (Se oye un redoble de tambor.)
Ella misma: ese redoble
nos anuncia su llegada.

ESCENA II.

Dichas, EMILIA y ROSA: despues PEPA.

MÚSICA.

EMILIA. Gloria al sexo femenino
que se lanza á pelear,
y con génio peregrino
sabe al hombre castigar.
Se acabaron las faenas

de guisar y de barrer;
distracciones más amenas
hoy se busca la mujer.
Á marchar sin tardar,
á marchar sin tardar,
plan, plan, plan, plan.
Alinear sin tardar,
alinear sin tardar;
plan, plan, plan, plan.
Gocemos hoy al fin
de santa libertad:
los hombres por allí,
nosotras por acá.
El pueblo de Daimiel
alzó ya su pendon
y se inició por él
la gran revolucion.

CORO. Gocemos hoy al fin, etc.
¡Á luchar! ¡Á vencer!
¡Viva! ¡Viva la mujer!

EMILIA. No más hombres, camaradas,
que ya fuera están de aquí,
y doncellas y casadas
se las buscan por ahí;
y suceda lo que quiera,
la que implore su perdon,
es infiel á su bandera
y traidora á la nacion.
Á marchar sin tardar... etc.

HABLADO.

EMILIA. La dictadora se acerca
aquí: tambor, bate marcha. (Rosa toca el tambor.)

ROSA. ¡Viva Daimiel!

TODAS. ¡Viva!

ROSA. ¡Viva

la situacion de las faldas!

PEPA. (Saliendo.) Basta de entusiasmo inútil,
y á nuestro asunto muchachas.
Hoy hace precisamente
seis meses, que ya cansadas
de los hombres, y queriendo
probarles que no son nada,
nos declaramos en huelga,
—permítase la palabra,—
y arrojamos á esos bárbaros
hasta de sus propias casas;
pues despreciando sus súplicas
y desoyendo sus lágrimas,
hemos hecho la gloriosa
revolucion contra-sálica.
Yo, tal vez la más indigna,
fuí dictadora aclamada,
y acepté, sacrificándome
por el bien de nuestra patria.
Mas hoy supe con disgusto
que unas cuantas ciudadanas
pretenden turbar el órden
con motines y bullangas.
Ora en pasquines odiosos,
ora en hojas incendiarias,
torpes manejos é indignos
de este pueblo de la Mancha,
que yo tolerar no quiero
por... que no me da la gana.

VARIAS. Muy bien dicho.

AMPARO. ¡Aduladoras!

PEPA. La cuestion así planteada,
sin más dimes ni diretes,
debo advertir, que á la incauta
á quien se coja infraganti,

será al punto sentenciada
á llevar treinta pellizcos.

ROSA. Pero...

PEPA. Ya estais enteradas.
Ahora, que venga la mesa
y las sillas de campaña. (Sacan varias sillas de tijera y una mesa pequeña: con c mpanilla.)

EMILIA. Ya están.

PEPA. (Toca la campanilla.) La sesion principia.
Que lea la secretaria
el acta de la anterior,
y ojo, que la vista engaña. (Se sienta la dictadora en el centro: Amparo en la primera silla del costado derecho y á su izquierda dos señoras del coro: Rosa se sienta en la primer silla de la izquierda y otras dos señoras á su derecha: Emilia á la izquierda de la Dictadora.)

EMILIA. Leer no sé, mas no importa,
la traigo bien estudiada.
(Leyendo.) «Daimiel 23 de Junio
»del año que el sello marca.
»Convocadas las manchegas
»de dicho pueblo, en la plaza,
»para esterminar el sexo
»que masculino se llama,
»y apoyadas en las bases
»de la ley décima cuarta;
»escoba en mano, y al grito
»de *Independencia de faldas*,
»consiguieron que los hombres
»el pueblo desalojaran,
»huyendo á ocultar sus cuitas
»á otro rincon de la Mancha.
»Libres ya de la tutela
»de esa despreciable raza,
»se proclamó dictadora
»á Pepa la boticaria.

»Votáronse presupuestos
»de polisones y enaguas;
»quedando desde este punto
»Daimiel en sosiego y calma.
»Siguen las firmas.

PEPA. Corriente.
Muy bien.

AMPARO. Pido la palabra.

PEPA. La tiene su señoría.

AMPARO. Seré concisa y muy clara.
Hace seis meses, que libres
campamos á nuestras anchas;
pero hace tambien seis meses
que ni las tierras se labran,
ni se friegan los pucheros,
ni se barren nuestras casas.
Todo es bullicio, jaleo,
disensiones y algazara.
Seguir así, no es posible;
hacer nosotras tamañas
maniobras, mucho ménos;
porque al par que nos rebajan,
¿qué habríamos alcanzado
al hacer cambiar de marcha
las cosas? En suma, es fuerza
ver de qué modo se alcanza
que, sin hacerlas nosotras,
esas haciendas se hagan.

ROSA. Pueden hacerlas los hombres.

PEPA. ¿De qué modo?

ROSA. Se les llama.

PEPA. ¿Cómo se entiende? (Murmullos. ¡Silencio!

EMILIA. Pues dice bien.

PEPA. ¡Reaccionarias!
Os mando aplicar el Código

si añadís otra palabra!

EMILIA. Pero, mamá!.....

PEPA. ¿Cómo es eso?
Su señoría desbarra.

AMPARO. «¡Mueran los hombres!» gritaron
un dia nuestras hermanas,
y mueran los hombres, dije,
sin saber lo que gritaba:
mas hoy veo que sin ellos
la vida es una castaña,

VARIAS. ¡Ejem! ¡Ejem! (Tosiendo.)

AMPARO. Ménos toses,
que aquí es preciso ser francas.
Los hombres son necesarios
y á todas nos hacen falta.

PEPA. ¡Que rectifique!

AMPARO. No quiero.

PEPA. Que se escriban sus palabras.

AMPARO. Si hablar no se me permite,
la cuestion queda aplazada:
mas tengo el mismo derecho
que otra cualquiera en la Cámara. (Rumor dentro.)

PEPA. ¿Qué rumor es ese?...

VOZ. (Dentro.) ¡Alerta!

PEPA. ¡A las armas!

TODAS. ¡A las armas! (Quitan la mesa y las sillas y se colocan en ala.)

ESCENA III.

Dichas y PERICO saliendo precipitadamente por la izquierda; á poco D. REMIGIO.

PERICO. ¡Favor! ¡Socorro!

PEPA. ¿Qué ocurre?

PERICO. Que me siguen las pisadas.
PEPA. ¿Pero quién?
PERICO. ¡Un hombre!
TODAS. ¿Un hombre?
PERICO. Sí señora, y ya me alcansa.

MÚSICA.

CORO. ¿Quién es el incauto,
el hombre alevoso
que viene á sacarnos
de nuestro reposo?
Si en su afan no ceja,
como es de esperar,
aquí se le deja
sin pestañear.
(Sale D. Remigio.)
PEPA. ¿Cuál es tu intento?
Responde: dí.
¡Habla! Contesta.
D. REMIGIO. Calma y oid.
Yo soy de gracia un prodigio,
á quien llaman Don Remigio.
AMPARO. ¿D. Remigio?
EMILIA. ¿D. Remigio?
CORO. ¿D. Remigio?
D. REMIGIO. Servidor.
A mí no hay quien me derrote,
y soy guapo y muy francote.
AMPARO. ¿Muy francote?
EMILIA. ¿Muy francote?
CORO. ¿Muy francote?
D. REMIGIO. Sí señor.
A mí nada me resiste,
y ó entro, bajo, subo y salgo,
y en mí todos hallan chiste
y proclaman lo que valgo.
En ser rico está mi ciencia,

mi caudal no tiene fin,
y convence mi elocuencia
cuando apelo al retintin. (Dando golpecitos en el bolsillo del chaleco.)
La que á veinte duros
se resiste bien,
ya la cuesta apuros
resistirse á cien.
Pero si la chica
es virtud cerril,
se la domestica
con un cuatro mil.

CORO. Pero si la chica
es virtud cerril,
se la domestica
con un cuatro mil.

D. REMIGIO. Estoy sin padre ni madre
ni perrito que me ladre.

AMPARO. ¡Que le ladre!

EMILIA. ¡Que le ladre!

CORO. ¡Que le ladre!

D. REMIGIO. Ya ve usté.
Yo soy malo entre los malos
y lo arreglo todo á palos.

AMPARO. ¡Todo á palos!

EMILIA. ¡Todo á palos!

CORO. ¿Todo á palos?

D. REMIGIO. ¡Chachipé!
A mí nada hay que me asombre:
es mi sola dicha el juego:
y lo mismo pego á un hombre
que le suelto á un hombre el *pego*.
Del amor y las doncellas
soy constante paladin,
y me traigo á todas ellas
cuando escuchan el dindin.

La que á veinte duros, etc.

HABLADO.

D. REMIGIO. ¡Vaya un percance tirano!
PEPA. Explícate ya, si puedes.
D. REMIGIO. Primero, saludo á ustedes.
TODAS. Gracias.
PERICO. Beso á usted su mano.
PEPA. Dínos por dónde has llegado
y qué fin tus pasos guía.
D. REMIGIO. Deciros el fin, sería
quizás un poco arriesgado.
Salí anoche de Madrid,
y soy pintor de aficion,
há poco dejé el wagon
y aquí vengo...
PEPA. ¿Es un ardid?
D. REMIGIO. Yo lo juro por mi fé;
á pintar aquí he venido,
más viendome interrumpido
por el señor, le llamé;
echó á correr, le seguí,
me chocaron vuestros trajes,
y sin andar con ambajes
me permití entrar aquí.
PEPA. ¿Esa es toda la verdad?
D. REMIGIO. En ella siempre me arraigo,
y aunque soy español, traigo
cédula de vecindad.
PEPA. Bien; pues para ser tomada
cualquier determinacion,
hay que tratar la cuestion
en asamblea privada.
Venid. (A todas.)
AMPARO. Basta de falacias:
éste para mí le acoto. (A Emilia.)

Adios, cuenta con mi voto
favorable. (Aparte á D. Remigio.)

D. REMIGIO. Muchas gracias.

EMILIA. ¡Ay! (A D. Remigio.)

D. REMIGIO. ¿Suspiros?

EMILIA. Seductor. (Idem.)

D. REMIGIO. Bueno: por algo se empieza.

PEPA. Periquito, tu cabeza (Desde el foro.)
nos responde del señor. (Vánse todas.)

ESCENA IV.

PERICO y D. REMIGIO.

D. REMIGIO. Vive Dios que es grave el caso
y es estraña la aventura;
mas mi ingenio y travesura
me sacarán bien del paso.

PERICO. ¡Chits!

D. REMIGIO. ¿Qué?

PERICO. ¡Chito!

D. REMIGIO. ¡Qué feroz!

PERICO. Baje usted la vos.

D. REMIGIO. ¿Por qué?

PERICO. Porque si arguna nos ve...

D. REMIGIO. Pero...

PERICO. Baje usted la vos.
Yo por usted me intereso.

D. REMIGIO. Mil gracias: ¿y tú que eres...

PERICO. Barbero de las mujeres...
peluquero... y... vamos... eso.

D. REMIGIO. Dime, pues me estraña mucho
y quiero calmar mi afan.
Si aquí hay hombres, ¿dónde están?

PERICO. Se han acabado.

D. Remigio. ¡Qué escucho!
Perico. Hase seis meses, que ar grito
de «Independensia» de fardas
les pusieron las espardas...
¡ay! calle usted, que aun tirito.
Quisieron luchar, en vano,
contra el plumero y la escoba
y llevaron una soba
ferós: fué aquello inhumano.
D. Remigio. Perdieron en el asedio?
Perico. Se escaparon en tropel
y no ha quedado en Daimiel
un hombre para un remedio.
D. Remigio. Pues, ¿y tú?
Perico. ¡Várgame er sielo!
D. Remigio. ¿No eres hombre?
Perico. Creo que sí;
mas yo, solo estoy aquí
para cuidarles el pelo.
Pero, faltas de costumbre,
se han hecho vanidosillas,
y estoy con las tenasillas
constantemente en la lumbre.
Arman sincuenta belenes!
—¡Perico, ven!..—¡Pedro, vuerta!..
—Que ésta trensa se me suerta!...
—Yo quiero risos...—Yo, nenes!..
Y las sufro, y las tolero;
y, como son caprichosas,
me hasen haser unas cosas...
¡ay, qué cosas, caballero!
Esto me tiene intranquilo,
y reflesionar me hase
que, si no hay quien me reemplase,
aquí voy á echar el quilo.

Por eso, al mirar su trasa,
me desidí en su favor:
¿quiere usté haserme el honor
de encargarse de mi plasa?

D. REMIGIO. ¡Qué disparate!

PERICO. Yo apelo
á su buen corason!

D. REMIGIO. Si?
Pues... si yo peinára aquí,
á alguna le ardia el pelo.

PERICO. Dispénseme usted si abuso...

D. REMIGIO. Eh! Basta!.. En vano me ruegas.

ESCENA V.

Dichos, y ROSA.

ROSA. La junta de las manchegas
está esperando al intruso.

D. REMIGIO. Quieren verme?

ROSA. Justamente.
Interrogarte han dispuesto.

D. REMIGIO. (A Perico.) Dime tú, ¿cómo contesto?

PERICO. Pues, hombre, muy cortesmente.

D. REMIGIO. Dónde me esperan? (A Rosa.)

ROSA. ¿No ves
una tienda verde? Allí!..

D. REMIGIO. Verde me pones tú á mí.

ROSA. Cómo?

PERICO. Sape!

D. REMIGIO. Hasta despues. (Váse.)

ROSA. (Aparte.) Es buen mozo!

PERICO. (Aparte.) El angelito
quiere á todas sin reboso.

ROSA. (Aparte.) Lo que se llama un buen mozo!
PERICO. (Aparte.) A que pierdo mi arreglito!

ESCENA VI.

ROSA y PERICO.

ROSA. Perico.
PERICO. Coqueta!
ROSA. Qué tienes? Qué es eso?
PERICO. Que estoy escamado
ROSA. Por qué?
PERICO. Porque temo...
ROSA. ¿De qué el temor nace?
PERICO. Pues de ese mansebo.
ROSA. Perico! Perico!
PERICO. Me quemo, me quemo!
Llegó, y le mirástes
con ojos muy tiernos.
ROSA. ¿Que ciegue pretendes?
PERICO. No tal; pero quiero
que á mí, á mí solito
me mires con ellos.
ROSA. ¿De sobra no sabes
que tú eres mi cielo?
PERICO. ¿Así me lo dises?
ROSA. Y debes creerlo.
PERICO. Desvío es tu norte...
ROSA. No tal.
PERICO. Y te veo
muy fria conmigo.
ROSA. Conviene así hacerlo;
pues si se supiese
que contraviniendo
las leyes manchegas

contigo mantengo
de amor relaciones...

PERICO. Te echaban al sepo
y á mí me mandaban
á Chile lo ménos.

ROSA. Pues ya está explicado.

PERICO. Si fuera eso sierto!...

ROSA. Más bien yo pudiera
dudar de tu afecto.

PERICO. Dios mio! Me fartas,
y yo no consiento
que así menospresies
el más puro afecto.

ROSA. Al fin eres hombre.

PERICO. Mas soy muy honesto.

ROSA. Aquí somos muchas...

PERICO. Pregunta en el pueblo;
verás si te disen
que soy un modelo
de santas virtudes,
de recogimiento,
y si no soy dicno
de amor y respeto:
pregunta!... pregunta!... (Desentonando)

ROSA. No tal, si te creo.

PERICO. Porque estás segura.

ROSA. De ello me envanezco.
Con que adios.

PERICO. ¿Te marchas?

ROSA. Por unos momentos.

PERICO. ¿Y dónde?

ROSA. A la Bolsa.

PERICO La Bolsa! El pretexto.
Sois todas lo mismo.

ROSA. Vender allí espero

catorce cupones,
que importan, lo ménos,
uno, dos, tres, cuatro,
seis, diez... (Contando por los dedos.)

PERICO. (Alargando las manos.) Toma dedos;
que para esa suma
te están farta hasiendo.

ROSA. Abur.

PERICO. ¿Y me dejas?

ROSA. Si tal, y lo siento.

PERICO. Adios, ingratona.

ROSA. Adios, dulce dueño. (Váse.)

PERICO. Mi vida, mi gloria,
mi dicha, mi sielo,
mi bien...—Ya se ha ido.
Sublime, soberbio.
Aprenda el que quiera:
Vosotros, mi seso,
tenedlo presente
que yo de este medio
me válgo, ¡ay que gusto!
y estoy muy contento. (Haciendose aire con un abanico.)

ESCENA VII.

Dicho: EMILIA, AMPARO, y coro de señoras conteniéndolas.

EMILIA. Vive el cielo que no cedo
en la cuestion.

AMPARO. Yo tampoco,
y has de pisar mi cadáver
para llevarte ese mozo.

PERICO. Vienen riñendo!

EMILIA. Corriente.

Mañana entre siete y ocho,
á diez pasos de la vía,
á tu audacia pondré coto.

PERICO. ¿Qué es esto?

AMPARO. Ahí vá mi tarjeta. (Dándosela)

EMILIA. (Idem) Ten la mia.

PERICO. Poco á poco.

EMILIA. Esta tarde dos amigas
arreglarán el negocio.

PERICO. Vamos por partes: primero,
¿quién es él?

AMPARO. Remigio.

PERICO. El cojo?

EMILIA. El que hace poco ha venido.

PERICO. ¿Y ya le quereis?

LAS DOS. Le adoro!

PERICO. Escuchad; lo más prudente
es haser ahora de modo
que conozca vuestro aferto;
y el silensio una ves roto,
que elija la que le plasca.

AMPARO. Dice bien.

EMILIA. ¿Sí, pero cómo?...

PERICO. Pues hablándole; diciéndole:
«Tú eres mi bien, mi tesoro;
desde el punto en que te he visto
en el pecho tengo un horno.
Quiéreme mucho, currillo.
Quiéreme, y no seas tonto.»

EMILIA. Me va á dar mucha vergüenza.

PERICO. Pues así hasemos nosotros.

AMPARO. No teniendo una costumbre...

PERICO. Empezar es lo costoso.

EMILIA. No... ese medio...

PERICO. Desechado.

No apurarse. Ya habrá otro...
—En una carta.

EMILIA. Imposible.
No sé escribir...

AMPARO. Yo tampoco.

TODAS. ¡Já! ¡já!

PERICO. ¿Qué sabeis entonces?
Diablo, diablo...—¡Ah! ya está todo.

EMILIA. Habla.

AMPARO. Dí.

PERICO. Una serenata
capás de volverle loco.

EMILIA. Buena idea.

AMPARO. ¿Y quién la canta?

PERICO. ¿Quién la ha de cantar? nusotros.
¿Hay por ahí un guitarrillo?

AMPARO. Yo tengo. (Yendo por él)

EMILIA. Mas de ese modo
conseguiremos?...

PERICO. ¡La mar!
Vereis si se arma jorgorio.

AMPARO. Toma el guitarro.

PERICO. Pues venga
y á ver si cantais á tono.

MÚSICA,

EMILIA, AMPARO Y PERICO.

Hay un hombre en este mundo
que me tiene sin sosiego
y el corazon en pedazos
me va quitando del pecho.

TODOS. Vaya unos ojillos
que tiene el tunante:
vaya unas cosillas
que suele decir.

Cuando está una mala
la cura de pronto;
cuando está una buena
la pone á morir.

EMILIA, AMPARO y PERICO.

Son sus lábios de arropía:
hay merengues en su boca,
y yo tengo entre otros varios,
el defecto de golosa.

TODOS. Vaya un saborcito
que deja el tunante:
ay, qué confitura
tan particular.
Anda y díle pronto,
que no se aproxime,
porque si se acerca,
le voy á catar.

ESCENA VIII.

Dichos y D. REMIGIO que sale al concluir el canto.

HABLADO.

D. REMIGIO. Divinamente.
AMPARO. }
EMILIA. } Él
D. REMIGIO. Muy bien.
PERICO. Escuchó la serenata. (Aparte.)
D. REMIGIO ¿A quién iba dirigido
ese canto?
AMPARO. Una humorada.
EMILIA. Cosas de Perico.
PERICO. ¿Mias?
Vuestras direis.
D. REMIGIO. ¿Cómo?

EMILIA y AMPARO (Aparte á Perico.) ¡Calla!

PERICO. Pues sí señor. Qué demonio:
las cosas se disen claras.
Estas chicas están... Vamos...
perdidas... enamoradas
de un madrileño buen moso
que tiene por nombre...

D. REMIGIO. Acaba.

PERICO. D. Remigio.

D. REMIGIO. ¡Yo!

AMPARO. }
EMILIA. } Embustero.

D. REMIGIO. ¡Son bonitas las muchachas!

PERICO. Me parese que el onseno. (Al coro.)
debemos poner en práctica.
Ea... abur. No descuidarse. A Emilia y á Amparo.
Que aproveche. (A Remigio.)

D. REMIGIO. Muchas gracias. (Vánse Perico y coro.)

ESCENA IX.

REMIGIO, EMILIA y AMPARO.

D. REMIGIO. ¿Seria yo tan dichoso
que fijase las miradas
de una rubia de mi gusto,
de una morena que encanta,
las dos á cual más bonitas,
para dejarme sin alma?

EMILIA. Sí, señor, las dos estamos...
vamos al decir... en ascuas.

D. REMIGIO. (Cogiendo la mano de Emilia y dirigiéndose simultáneamente á una y otra.)
Tus ojos que me asesinan,

encienden aquí una fragua,
y tus lábios son el fuelle
que más avivan la llama;
y esta mano que me quema
por la tuya al ser tocada,
roba el calor de la otra
que fiera tú me arrebatas.
Mirad si soy desgraciado
al encontrarme entre ambas
como veleta de torre
en un dia de borrasca.

EMILIA. ¿Usted por cuál se decide?
D. REMIGIO. Por... las dos.
AMPARO. Miren que gracia.
EMILIA. Fuerza es optar
D. REMIGIO. Ya es apuro.
EMILIA. ¡Á cara ó cruz!
D. REMIGIO. ¡Lucha vana!
Tú, ¿qué pides? (A Emilia.)
EMILIA. ¡Cruz!
D. REMIGIO. ¡Corriente!
¿Y tú? (A Amparo.)
AMPARO. ¡Cara!
D. REMIGIO. Bien; pues nada.
Toma mi cruz toda entera. (Abrazándola.)
AMPARO. Pero, ¿y yo?...
D. REMIGIO. Toma la cara. (Acercando la suya.)

MÚSICA.

AMPARO. ¿Á cuál tu amor le das?
D. REMIGIO. ¡Qué apuro, Santo Dios! (Aparte.)
No sé cuál de las dos
me está gustando más.
EMILIA. Á una malagueña
como lo soy yo,
una madrileña

nunca la venció.

AMPARO. Á una madrileña
como lo soy yo,
una malagueña
nunca la venció

D. REMIGIO. Para decidirme
es preciso oir
unas cancioncitas
de vuestro país.

EMILIA Y AMP.ª Acepto la idea.

AMPARO. Pues yo cantaré,
una que se canta
en el Lavapiés.

Yo nací en el portillo
de Embajadores;
tengo un novio torero
de los mejores.
Él me idolatra,
y yo al ver su coleta
me pongo mala.

D. REMIGIO. Bravo, sublime.
¡No hay más que oir!

EMILIA. Alto: que ahora
me toca á mí.
allá va una malagueña
que se canta por allí.

Aquel que empieza un camino
es menester que lo acabe,
pa que la gente no diga
que lo deja por cobarde.

REMIGIO. Si antes dudaba
entre las dos,
ahora ha crecido
mi confusion.

EMILIA. Mi malagueña
le cautivó,
la preferida
voy á ser yo.

AMPARO. Mi seguidilla
le cautivó,
la preferida
voy á ser yo.

ESCENA X.

Dichos, PEPA y el Coro.

HABLADO.

PEPA. Disuelta ya la asamblea,
y muy despacio tratada
la cuestion, hemos resuelto,
en vista de tu arrogancia,
perdonarte, siempre que
te establezcas en la Mancha
y elijas mujer manchega
para implantar una raza
en que sea la mujer
la única dueña de casa.

D. REMIGIO. No me conformo.

PEPA. ¡Insolente!

EMILIA. Avente y no temas nada; (Aparte á Remigio.)
que si te casas conmigo
serás tú el amo.

D. REMIGIO. Me agrada.
Lo he pensado y me resigno.

PEPA. En formacion. ¡Arh! (El coro se coloca en formacion.)

D. REMIGIO. ¿Qué pasa?

PEPA. Puedes revistar, y elige
la que gustes.

D. REMIGIO. No hace falta:
me caso con ésta.
PEPA. ¡Cómo!
¿Con mi niña?
AMPARO. Y yo pensaba...
¡Mueran los hombres!
PEPA. ¡Silencio!
AMPARO. Situacion reaccionaria.
D. REMIGIO. Derecho del pataleo. (Rumor dentro.)
PEPA. Pero escuchad. ¡Qué algazara!...

ESCENA XI.

Dichos y ROSA: despues PERICO y los hombres, que saldrán muy gordos, siguiendo á éste.

ROSA. El hombre fué siempre audaz.
y con intento voraz,
de nuevo invade esta tierra.
En guerra, si quereis guerra.
En paz, si quereis la paz.
PEPA. Guerra, pues.
D. REMIGIO. ¿Y no es mejor
reconocido el error
hacer las paces?
PEPA. ¡Qué escucho!
hasta el último cartucho
quemaremos con valor.
ROSA. Tú iras al frente.
PEPA. Yo?... No.
D. REMIGIO. Sospecho que la paró. (Aparte.)
ROSA. ¿Y por qué?
PEPA. Porque no puedo.
A custodiar éste quedo.
ROSA. ¡Pues yo tambien!

TODAS. ¡Y yo! ¡Y yo!
PEPA. ¿Qué es eso? Apuntad sus nombres.
D. REMIGIO. Mamá-suegra, no te asombres;
pero es en vano luchar,
y te debes conformar
á que regresen los hombres.
TODAS. ¡Sí! ¡Sí!
PEPA. ¿Sabes lo que quieres?
¡Jamás!
D. REMIGIO. Aunque te exasperes
nada logran tus extremos.
TODAS. ¡Los queremos! ¡Los queremos!
PEPA. Al fin y al cabo... ¡mujeres!
D. REMIGIO. ¡Qué vengan! (A Rosa; y esta les llama.)
PEPA. Los desgraciados,
de nuestro amor separados,
faltándoles nuestro afecto,
sin nuestro trato selecto
y nuestros tiernos cuidados,
¿cómo estarán, ay de mí?
Llegar los vereis aquí,
flacos, tristes, amarillos...
D. REMIGIO. Aquí están los pobrecillos,
EMILIA. Estenuados, ¿eh?
PERICO. (Saliendo con ellos.) ¡Sí, sí! (Los hombres se dirijen á las mujeres y les hablan en señal de reconciliacion.)
PEPA. ¡Gordos! ¡Gordos!...
PERICO. Pues á ver.
Eso da claro á entender,
por más que el oirlo asombre,
que no hay nada para el hombre,
más malo que la mujer.
PEPA. Es la prueba decisiva.
D. REMIGIO. Pues leccion tan productiva,
guardad con memoria fiel.

PERICO. ¡Viva el pueblo de Daimiel
con hembras y machos!...

TODOS. ¡Viva!

MÚSICA FINAL.

EMILIA Y REMIGIO. Por fin ya somos dos,
y es fuerza comprender,
que aquí nos puso Dios,
al hombre y la mujer.

TODOS. Dichosa ya de hoy más
podrá ser esta union,
si tú benigno das,
señal de aprobacion.

FIN.

3 0112 117473246